

De esta mi casa, ó á su bien se oponga,  
Le diré como á tí: *¡Largo á la calle!*

Que Doña Inés habló perfectamente,  
Lo conoces tú bien, Lector prudente:  
*¡Porqué se dice, pues, que no es posible,*  
*Ni hacedero, ni dable,*  
Que tenga un Ministerio responsable  
Una Administracion inamovible?

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.



## LIBRO TERCERO.

### FABULA LI.

#### EL CONCURSO DE LOS ANIMALES.

Quiso el Leon cierto dia  
Premiar con tino y saber  
Al más lijero en correr  
De toda su Monarquía.

Para lograr su intención  
Y evitar yerros fatales,  
Exclamó: «en negocios tales,  
*Lid, concurso, oposicion!*»

Nombró, pues, un tribunal  
Lleno de ciencia hasta el gorro,  
Y fueron Jueces un Zorro,  
Una Mona y un Chacal.

Entraron, visto el acuerdo,  
En el concurso un Corcel,  
Cuatro Galgos, un Lebrel,  
Y otros mil que no recuerdo.

Entre ellos habia un Gato,  
Que al *accesit* aspiraba,  
Cinco Liebres, una Pava,  
Una Tortuga y un Pato.

Riéronse de mil modos  
Todos de aquestos malsines;  
Mas sonaron los clarines,  
Y echaron á correr todos.

Quién, ya su pié, ya su callo  
Movió mejor, no se sabe;  
Pero dice un Autor grave  
Que fué el Lebrel ó el Caballo.

Ya el Tribunal reunido  
Iba á fallar al instante,

Cuando una Oruga intrigante  
Habló á los tres al oido:

Y tanto la tal Oruga  
Los convenció en su relato,  
Que se llevó el premio el Pato,  
Y el *accesit* la Tortuga. —

*Si á firmar oposicion,  
Lector, el caso te obliga,  
Vé primero si hay intriga,  
Y quiénes los Jueces son.*

FABULA LII.

LOS CUERNOS DE LA LUNA.

Dijo Esopo (y si Esopo no lo dijo,  
Lo digo yo por él) que cierta noche,  
Del cielo en la mitad parando el coche,  
Dió la Luna en verter llanto prolijo.

Oyéndolo una Estrella,  
Le preguntó: «¿que tienes, Luna bella?»  
Y ella le contestó: «¿vés ese globo  
Que de mi luz disfruta en blando arrobo  
Cuando yo por las noches lo ilumino?  
Pues es la Tierra, cuya inícuca gente  
Cuernos dice que tengo; pero miente,  
Pues nunca, nunca me los dió el destino.»

— «¿Qué te importa, la Estrella le contesta,  
Que eso digan de tí?»

— «Nada me importa;  
Pero siendo bonita y siendo apuesta,  
Me carga que esa gente descompuesta

Me atribuya tambien cara de torta.  
Y aun esto lo perdono, porque al cabo  
Peor es dar á los Cometas rabo;  
¡Pero eso de colgarme  
Nada menos que cuernos  
Esa gente procaz de los infiernos!  
¿Quién asi la ha enseñado á calumniarme?  
¿No se vé claramente  
En mi luz, sobre todo si es creciente,  
Que no me adorna cornamenta alguna?  
¿Cómo, pues, todos, con error nefario,  
Dan en decir *los cuernos de la Luna*,  
Sin convencerlos con razon ninguna  
Ni aun mi luz que les muestra lo contrario?»

«Ay! replica la Estrella, cierto es eso:  
¿Mas cómo esperas tú que tenga seso  
La Tierra ante tu luz nevada y fria,  
Cuando hay allí calumnias endiabladas  
Que pasan por verdades demostradas  
Aun á la viva luz del claro dia?»

FABULA LIII.

EL RUIDO DE LAS CAMPANAS.

A MI QUERIDO PAISANO Y AMIGO

EL DISTINGUIDO LITERATO

DON GASPAR BONO SERRANO,

Capellan de honor de S. M.

De la Campana el *din don*,  
O si quereis, el *din dan*,  
A los que en la Torre están  
Los aturde con su son:  
Si en aquella confusion  
Se hablan dos..... ¡mal haya amen!  
Por muchos gritos que dén,  
No logran verse entendidos:  
Mas tápanse los oídos,  
Y entonces se entienden bien.

De modo análogo el mundo  
Mata con su ruido atroz  
De la conciencia la voz,  
Del pecho en lo más profundo.

Mal es este sin segundo,  
Que exige igual experiencia:  
*Solo el sordo en su presencia*  
*Es el que llegar á entender*  
*Los avisos del deber*  
*Y el grito de la conciencia.*

FABULA LIV.

EL DELINCUENTE Y EL JUEZ.

— «Yo, le dijo á su Juez un Delincuente,  
Recibí un pisoton de los de á fólio,  
Y á su autor le metí media navaja,  
Y váyase lo uno por lo otro. »

— «Si? contestóle el Juez: pues hijo mio,  
Si así castigas pisotones fosco,  
Yo te envío á presidio por diez años,  
Y váyase lo uno por lo otro. »

---

FABULA LV.

EL ENVIDIOSO Y EL AVARO:

idea tomada de Aviano.

A MI QUERIDO GEFÉ Y AMIGO

el Ilmo. Señor

DON JOSÉ GELABERT Y HORE,

MAYOR DE LA SECRETARIA DEL SENADO.

*Todos los vicios, GELABERT, son malos,  
Y todos en verdad merecen palos;  
Pero el que esta materia profundiza  
Sabe bien que si entre ellos hay algunos  
Que merecen paliza,  
Hay otros cuyo mal no se remedia  
Ni aun con paliza y media;  
Y de aquí, buen José, mi gran trabajo  
En darles incesante  
Paliza por delante,  
Por detrás, por arriba y por abajo.  
Hoy les toca en la Fábula presente  
Su turno consiguiente*

A la Avaricia vil, y á su doncella  
La Envidia endemoniada,  
Peor al doble y aun al triple que ella  
En lo baja, en lo ruin y en lo menguada.  
¡Oh, qué satisfaccion será la mia,  
Si al arreglar yo el cuento en castellano,  
No desmerece un sitio el buen AVIANO  
En tu bella y selecta librería!

Llegaron ante el asiento  
De Júpiter poderoso,  
Por un lado un Envidioso,  
Y por otro un Avariento.

Él les dijo: «¿qué quereis?»—  
Y ellos, con gran sumision,  
Le contestaron: «un don  
Que hacer á entrambos podeis.»

—«¿Qué don?»—«El de ver cumplido,  
Bueno, malo, lindo ó feo,  
Cada cuál nuestro deseo:  
¿Habeis, Señor, comprendido?»

—«Comprendo hasta la intencion  
Con que ese ruego me haceis,

Y otorgado lo teneis;—  
Mas con una condicion:

De los dos, pídame el uno  
Lo que quiera para sí,  
Y al punto obtendrá de mí  
Lo que creyere oportuno.

El otro estará callado,  
Y nada me pedirá;  
Y en premio recibirá  
Lo mismo, pero doblado.»

—«Es decir, que si soy yo,  
Dijo el Avaro, el que pido,  
Seré con *uno* servido,  
Y con *dos* el otro, no?»

—«Exactamente.»—«Es crüel  
Entonces hablar primero,  
Pues si yo un tesoro quiero,  
Le regalo dos á él.»

—«Pues pide dos.»—«Tendrá él *cuatro*,  
Y eso será en mi desdoro,  
Pues Vos sabeis que es el oro  
El solo bien que idolatro.»

— «Por eso mismo lo digo;  
Mas pues elijas callar,  
Sea el primero en hablar  
Ese que viene contigo.»

— «¿Yo, Señor? ¡Antes me dome!  
¿Queréis que así como así  
Le haga mas bien que yo á mí,  
Cuando la Envidia me come?»

— «Pues entonces id con Dios.»  
— «Pero Señor.....» — «Nada, nada:  
O es mi propuesta aceptada,  
Ú os vais sin nada los dos.»

— «¡Habrà cosa como ella!  
Dijeron entonces ambos:  
Pero veamos entrambos  
Cómo arreglar tal querella.»

La idea es original,  
Y en trances que son tan fuertes,  
No hay cosa como echar suertes:  
Un dado, Jove inmortal!»

Jove, echándose á reir,  
Volcó un dado presuroso,

Y tocóle al Envidioso  
Lo consabido: pedir.

— «¡Qué gozo!» exclamó el Avaro:  
— «¡Maldicion!» el otro dijo:  
— «A pedir, á pedir, hijo,  
Repuso aquel, y hable claro.»

— «¿Pedir yo? ¡Buena embajada!  
Tan solo por que él no tenga  
Nada que al fin bien le venga,  
Me marchó sin pedir nada.»

— «Es que eso no es lo tratado,  
Y yo reclamo de Vos...»  
— «En efecto, dijo el Dios:  
Pide, Envidioso menguado!»

— «Pues bien: ya que tan crüel  
Connigo la suerte advierto,  
Sumo Jove, hacedme tuerto,  
Y ciegue en el punto él.»

— «Ya me figuraba yo,  
Exclamó Jove en el acto,  
Que acabaria este pacto  
Peor de lo que empezó.»

Hola, Vulcano! Aunque cojo,  
Lanza de aquí á puntapiés  
A esos dos tunos que vés,  
Y echa al Olimpo el cerrojo.»

Y uno y otro ¡suerte perral!  
A coces fueron lanzados,  
Y en tuerto y ciego trocados,  
Dieron de bruces en tierra.»

Y el uno lloró sin freno,  
Mas no el otro, votó á tal.  
Pues gozó en su propio mal,  
Al ver doblado el ageno.»

FABULA LVI.

LOS DOS BORRACHOS.

«Oye, solemne macho,  
Le decía un Borracho á otro Borracho:  
¿Qué licor maldecido  
Es ese que has bebido,  
Que escribiendo al andar *eses y eses*,  
Solo das tropicónes y traspieses?»  
— «¡Miren quien habla, el otro le responde,  
Y anda peor, aunque parece un Conde!»

— «Es que yo bebo siempre de otro modo,  
Y tú olvidaste, al empinar el codo,  
Lo que el buen tono á sus adeptos manda.»

— «¿Por qué?»

— «Porque tu vino huele á Arganda;  
Y yo he leído en Plinio y Apuleyo  
Que beber ese vino es muy plebeyo.»



— «¿Eso dice Apuleyo? Pues maldice,  
O no sabe ese tal lo que se dice:  
Mas ya que mi beber así te extraña,  
Tú, amiguito, ¿qué bebes?»

— «¿Yo? Champaña.»

— «¿Champaña? ¡Vaya un mono!  
¡Y á eso le llama vino de buen tono!»

— «Si señor; que es muy rico, y va muy caro.»

— «Muy bien, compadre; pero hablemos claro:  
Ya que con esos argumentós entras,  
¿Es de buen tono el lance en que te encuentras?  
Aunque tú te empeneques en gabacho,  
¿Dejarás, como yo, de estar borracho?»

*Dijo bien, voto á tal, aunque bebido,  
El segundo Borracho consabido;  
Mas ay! yo veo con dolor profundo  
Que convirtiendo el vicio en cosa leve,  
Lo que se llama crápula en la plebe  
Pasa á veces por tono en el gran mundo.*

FABULA LVII.

LA ANTORCHA.

A MIS MUY QUERIDOS AMIGUITOS

LOS NIÑOS DE DON MARIANO VILLACAMPA.

Yo ví, queridos Niños,  
En noche tenebrosa  
Una Sala alumbrada  
Por una sola Antorcha.

Trajo el Dueño una vela,  
Y en su luz encendióla,  
Y vino luego el Ama,  
Y encendió tambien otra.

Imitaron su ejemplo  
Diez ó doce personas,  
Y todas encendieron  
Su luz en ella sola.

Yo les dije: «cuidado!  
Pues si tanta luz roban

A esa Antorcha brillante,  
Se extinguirá la Antorcha.»

— « ¡Oh, no! me contestaron:  
No; que su luz hermosa  
Semeja á la divina  
Que CARIDAD se nombra:

CARIDAD en que el hombre  
Debe inflamar sus obras,  
Si quiere, estando muertas,  
Vivificarlas todas:

CARIDAD que incesante  
En hacer bien se goza,  
Y siempre en él se aumenta,  
Y nunca en él se agota.»

FABULA LVIII.

LA CULEBRA Y EL MOSQUITO.

En el campo un Labriego tendido  
A sus solas dormir deseaba,  
Y un Mosquito que en torno zumbaba  
No dejaba al Labriego dormir.

Una mala y astuta Culebra  
Sorprender al dormido quería,  
Y al Mosquito, que así lo impedía,  
De este modo empezóle á decir:

« Trompetilla endiablada es la tuya,  
De la cual todo el mundo se queja,  
Pues dormir ni aun al mísero deja  
A quien vienes la sangre á chupar:  
¿ Por qué, di, mi silencio no imitas,  
Contra el cual no hay defensa ni escudo?  
Yo ahogaré á ese Gañan con mi nudo,  
Y sin riesgo podrásle picar.»

— « En verdad, el Mosquito responde,  
Que es muy digno de tí tal consejo;

Mas yo á nadie taladro el pellejo,  
Sin decirle su riesgo mi son:

Enemigo del hombre, soy franco,  
Y por eso le aviso se guarde:

*Solo es propio de un bicho cobarde  
En silencio matar y á traicion.*

En el campo un Labriego tendido  
A sus solas dormia descaído  
Y un Mosquito que en torno zumbaba  
No dejaba al Labriego dormido  
Una mala y astuta Culabra  
Sorprender al dormido quería  
Y al Mosquito, que así lo impedía  
De este modo empezó á decir:  
  
Trompetera endiablada es la tuya  
De la cual todo el mundo es dueña.  
Pues dormir ni aun al misero deja  
A quien vienes la sangre á chupar:  
¿ Por qué, di, mi silencio no mitas,  
Contra el cual no hay defensa ni escudo?  
Yo abogaré á ese Gógan con mi rudo,  
Y sin riesgo podrásle picar.  
  
— En verdad, el Mosquito responde,  
Que es muy digno de ti tal consejo;

FABULA LIX.

EL DESAFIO.

Un Poemita  
Don Amadís injurió:  
Berenguel le perdonó;  
Dionís se batió con él.  
Herida atroz y crüel  
A este vengó por su mano,  
Mientras aquel, mas humano,  
Curó al misero Amadís:  
  
¿ Fué Caballero Dionís?  
Pues Berenguel fué Cristiano.  
Diciendo insignificante  
Y ahora este incidente, y luego estotra:  
Y entre sí pugno y puño, árido y seco,  
Últimamente se murió de viejo  
Antes de començar el primer caplo.  
  
Bueno es pensar un Poemita; pero no tanto.

FABULA LX.

EL ARREGLO DE UN PLAN.

---

Un Poema escribir quiso Facundo  
Que ser pudiera admiracion del mundo,  
Conquistándole un puesto en el Parnaso  
Entre Homero y Virgilio, Dante y Tasso.  
Era su asunto el Cid..... ¡soberbio tema  
Para hacer un magnífico Poema! ;  
Pero á más del asunto , ya se sabe,  
Pide el poema un Plan , y es cosa grave.  
Conociéndolo así, como hombre ducho,  
Nuestro insigne Escritor , pensólo mucho,  
Diciendo : « aquí tal punto , allá tal otro ;  
Y ahora este incidente , y luego estotro » ;  
Y entre si pongo y quito , añado y dejo,  
Ultimamente se murió de viejo  
Antes de comenzar el primer canto.

*Bueno es pensar un Plan ; pero no tanto.*

---

FABULA LXI.

LAS CUATRO MUELAS.

---

Una muela colocó  
A Inés un Dentista sábio ,  
Y luego, con grato lábio ,  
Tres duritos le pidió.

Al pagárselos Inés ,  
« Ay chical dijo á Manuela :  
Él me habrá puesto una muela ;  
Pero me ha sacado tres. »

•  
*A veces da menos tedio  
La enfermedad, que el remedio.*

FABULA LXII.

EL BLANCO Y EL NEGRO.

A MI DIGNO Y RESPETABLE PAISANO Y AMIGO

el Ilmo. Señor

DON PEDRO SABAU Y LARROYA,

DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA.

*Entre las Ciencias que á la especie humana  
Le sirven de fanal y de lumbrera,  
La Moral es sin duda la primera,  
Y sobre todo la Moral cristiana.*

*Tú, que impulsando la cultura hispana  
Del bien por el camino,  
Cumples tu santo y bienhechor destino  
Girar haciendo la esplendente rueda  
Que impulsa á las demás, si ella se mueve,  
Que las para á su vez, si se halla queda:  
Tú, que ahuyentando la ignorancia triste  
Al tenebroso averno,  
Puedes hoy añadir un lauro eterno*

*A los mil que en la Cátedra ceñiste  
Cuando sábia lección sábio nos diste:  
Tiende, SABAU, tu paternal mirada,  
Tiende, SABAU, tu protectora mano  
A esas primarias jóvenes Escuelas,  
De donde zarpan hoy las Carabelas  
Que al mar se lanzan del saber humano,  
Para luego arrostrar del Océano  
La horrenda furia á desplegadas velas.  
¿De qué nos serviría  
En el furor de la tormenta impía  
La Ciencia con sus frutos más opimos,  
Sin la brújula santa  
De la santa Moral que allí aprendimos?  
Ella es del hombre la fulgente estrella  
En su más negra noche: solo en ella  
Puede aprender lo que en tal alto modo  
El Negro de mi Apólogo sabía;  
Y eso que todo lo ignoraba... todo,  
Menos esa Moral sublime y pia.*

«Una cosa me asombra,  
Dijo un Blanco á su Negro, y es que sea,  
Cual la tuya lo es, negra mi sombra,  
Debiendo, si he de hablar con lengua franca,

Tenerla negra tú, pues eres Negro,  
Y yo, pues Blanco soy, tenerla blanca.»

—«Tal vez eso consista (el Negro dijo  
Besando—era Cristiano—un Crucifijo)  
En que á despecho de colores tales  
Y de ser, yo tu Esclavo, tú mi Dueño,  
El Sol, ojo de Dios, nos mira iguales.»

—«Hola! (replica el Blanco) eres mas ducho  
De lo que yo creía:  
¿Dónde el Negro aprendió filosofía?

—«¿Dónde, Blanco? En tu Ley, que enseña mucho.»

—«Ah, vamos! ¿Has leído el Catecismo?»

—«Tal vez, y sin tal vez, más que tú mismo.»

—«¿Más qué yo? Donosilla es la patraña!»

—«Pues no tienes memoria. ¿Cuántas veces  
Desciende á mí tu látigo con saña  
Porque trabajo poco... soy ya viejo!  
Y yo ¡Dios mío! de tu furia esclavo,  
En esta santa Cruz la vista clavo,  
Y te aguanto y te sufro y no me quejo?»

No abuses, no, de tu poder conmigo,  
Porque en verdad te digo  
Que á las veces me alegra  
Ver que tengo, yo Negro, el alma blanca,  
Ver que tienes, tú Blanco, el alma negra.»

—«Santo Dios! ¿qué habla este hombre,  
Qué dice una verdad de tal calibre?»

—«¿Conque de hombre me das el dulce nombre?»

—«Sí amigo! y no te asombre,  
Porque si fuiste Esclavo, ya eres Libre.»

—Gracias, gracias! Tu mano me reintegra  
En mi completo sér, truncado un día:  
Blanca ya tu alma es; mas todavía...  
Mira, obsérvalo bien! tu sombra es negra.  
¿Y cómo no, mientras aquí se estanca  
La humana vida en congojoso duelo?  
Obremos siempre bien: solo en el Cielo  
Del puro ante el Señor la sombra es blanca.»